

LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

*El sentido actual de los campos de exterminio nazi.
Una lección histórica singular y argumento central
de la modernidad*

Pienso que es un craso error entender la experiencia, organización y sistematización de los campos nazis, su capacidad y eficacia de exterminio selectivo, como algo local y único del pueblo y la política alemana. Todo ello es fruto y resultado de un hecho cultural, de una cultura que justifica y promueve la exclusión y la diferencia negativa. En consecuencia, se trata de un acontecer distinto y radical de la historia.

Podemos observar cómo ahí, en el corazón mismo del ser humano nace el *mal* y cómo la vida, el vivir, lo hemos de entender al modo de un proyecto, una *decisión* que actúa frente a una ambigüedad inicial. Más bien hemos de leer estos acontecimientos históricos de sufrimiento y destrucción del proceso de humanización, como una extraordinaria lección de cuanto nos puede acontecer no sólo respecto a una actuación negativa contra determinados individuos muy específicos, sino también, la destrucción de nuestro entorno social y ecológico. No se puede confundir nunca lo que fue un campo de trabajo con un campo de exterminio. En el primero, la vida se extingue poco a poco, hay una posibilidad de sobrevivencia lejana, pero cierta. En el segundo, la desaparición absoluta, el genocidio, es instantáneo. No queda ni rastro de la vida seleccionada inmediatamente y por azar en el momento de su llegada al campo de exterminio.

En esta situación se descarga todo el odio contra el ser humano en cuanto tal, generalmente eligiendo un calificativo que sintetiza el nervio de una ideología asesina. Consecuencia de todo esto hoy, no nos es posible tener de este acontecer, una memoria sesgada.

Nos vamos a referir a Tony Judt, a un artículo suyo publicado en junio de 2008 en *Le Monde Diplomatique*, a quien en noviembre pasado le concedieron el premio Hannah Arendt, con cuyo motivo pronunció una conferencia que se extracta en este artículo. En resumen, dice este autor lo siguiente:

Las principales víctimas de la Shoah, los judíos, cultivan legítimamente su propia memoria. Pero el judeocidio no sólo les concierne a ellos; la humanidad entera, al apropiárselo, transformará a los millones de víctimas de los nazis en una muralla contra la repetición del horror. *Nunca más*, se reitera desde entonces, pero el planeta sigue ensangrentado por genocidios (Camboya, Rwanda) y masacres (Bosnia, Chechenia, Palestina, Dafur...). Entonces, obtener una enseñanza universal del genocidio nazi supone en primer lugar esforzarse por comprender mejor los factores de ese vuelco hacia la barbarie. Además, la omnipresencia de la Shoah, erigida como mal único, hace que las víctimas entren en competencia con ella. A la inversa, el análisis del judeocidio, que serviría para descifrar todos los procesos del genocidio, incita a la convergencia.

En los días posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el hecho sangrante es que no hemos reflexionado adecuadamente sobre el *problema del mal*. Siempre hemos creído que éste es un tema de otros, que a nosotros no nos afecta. Somos buenos y estamos respaldados por un orden jurídico legítimo y consensual. Lo que de verdad es sumamente cuestionable, es la circunstancia que durante años, y quizás todavía hoy, no hemos pensado suficientemente acerca del genocidio de los judíos, como si este fuera un tema ajeno a nosotros. No fue éste, pues, un argumento de trabajo en la vida intelectual ni en Europa ni en Estados Unidos. «La mayoría de la gente, tanto los intelectuales como el resto, hizo todo lo posible por ignorarla».

El autor nos ofrece cuatro hechos para hacer comprensible, de algún modo, esta circunstancia:

- Durante la guerra fue allí donde se cometieron los peores crímenes contra los judíos, y aunque esos crímenes fueron ordenados por los alemanes, en las naciones ocupadas abundaron los colaboradores: polacos, ucranianos, letones, croatas y demás [...]
- [Igualmente] muchos europeos del Este, no judíos, fueron víctimas de atrocidades (a manos de alemanes, rusos y otros) y, cuando rememoraron la guerra, en general no pensaron en el sufrimiento de sus vecinos judíos, sino en su propio dolor y sus propias pérdidas...
- En 1948 una gran parte de Europa Central y Oriental estuvo sometida al control soviético. Los soviéticos hablaron de forma oficial de guerra antifascista o en su país, de *Gran Guerra Patriótica*. Para Moscú, Hitler era ante todo un fascista y un nacionalista. Por supuesto, los millones de judíos provenientes de los territorios soviéticos que murieron fueron contabilizados como pérdidas soviéticas, pero en los libros de historia y las conmemoraciones oficiales, su judaísmo fue minimizado, incluso ignorado.
- Por último, tras algunos años de gobierno comunista, a la memoria de la ocupación alemana, le sucedió la de la opresión soviética. El exterminio de judíos fue relegado a un lejano segundo plano.

En la Europa Occidental, con otras circunstancias, «se produjo un fenómeno de olvido paralelo».

En los países ocupados por los nazis: Francia, Bélgica, los Países Bajos y después de 1943 también Italia, este hecho fue vivido como una profunda *humillación*. En consecuencia, «los gobiernos de posguerra prefirieron olvidar la colaboración y otros ultrajes y celebrar en cambio los heroicos movimientos de resistencia, los levantamientos nacionales, la liberación y a los mártires».

Con todo, en la década de 1960 todo comenzó a cambiar. Y hoy en día la historia de la Shoah se ha constituido en una referencia universal. «En la actualidad existen innumerables testimonios, relatos y estudios sobre el exterminio de los judíos de Europa durante la guerra: monografías locales, ensayos filosóficos, encuestas sociológicas y psicológicas, memorias, novelas, filmes, archivos de entrevistas y muchas otras cosas». Hemos de reconocer de todas formas, que las cosas no están bien a pesar de no haber en Europa nuevas guerras entre Estados. Lo cierto es que en nuestra cultura y en nuestra historia se siguen produciendo exterminios, injusticias y dolorosas exclusiones. Ahora bien, «la preocupación de nuestra época por la Shoah...» plantea cinco problemas:

- *El primero concierne al dilema de las memorias incompatibles.*

En la actualidad la mirada que Europa Occidental arroja sobre la *solución final* es universal. Pero con la desaparición de la Unión Soviética y la consecuente libertad para estudiar y debatir los crímenes y fracasos del comunismo, aumentó la atención sobre los sufrimientos que la mitad oriental de Europa padeció en manos tanto de alemanes como de soviéticos. En ese contexto, la insistencia de Europa Occidental y Estados Unidos sobre las víctimas

judías y Auschwitz a veces provoca una reacción de irritación. Por ejemplo, en Polonia y Rumanía se preguntan... ¿Por qué los intelectuales occidentales se muestran tan sensibles al exterminio de judíos? ¿Qué decir de los millones de víctimas no judías del nazismo y del stalinismo? ¿Por qué la Shoah es tan particular?

— *Un segundo problema hace referencia a la exactitud histórica y a los riesgos de una sobre compensación.*

Durante muchos años los europeos del Oeste prefirieron no pensar en los sufrimientos de los judíos durante la guerra. Hoy día nos alientan a hacerlo todo el tiempo. Lo mismo sucede en términos morales: *Auschwitz* es la cuestión ética central de la Segunda Guerra Mundial. Pero eso induce a error a los historiadores. Ya que la triste verdad es que durante la propia guerra muchos ignoraban la suerte de los judíos, y aún conociéndola, su preocupación no hubiera sido mayor. Sólo hubo dos grupos para los cuales la Segunda Guerra Mundial fue ante todo un proyecto que apuntaba a eliminar a los judíos: los nazis y los propios judíos. Para el resto, la guerra no tuvo prácticamente sentidos muy diferentes: todos tenían sus propios problemas.

Es difícil aceptar el hecho de que el holocausto juega un papel más importante en nuestra vida actual que el que tuvo durante la guerra en las naciones ocupadas. Pero si deseamos comprender el verdadero sentido del mal, hay que recordar que lo realmente horrible del exterminio de los judíos no reside en que haya tenido tanta importancia, sino en que haya tenido tan poca.

— *El siguiente problema se refiere al concepto de mal.* Produce un cierto malestar en las sociedades secularizadas. En ellas se prefieren definiciones más racionales y jurídicas de lo bueno y lo malo, «de lo justo y de lo injusto, del crimen y el castigo». Pero últimamente el vocablo *mal* se vincula a un discurso moral y político. Y se ha reincorporado al lenguaje público. Todo ello fue ocasión de que nuestras ideas se volvieran un tanto confusas.

Por una parte el exterminio de judíos llevado a cabo por los nazis se presenta como un crimen singular, un mal que ni antes ni después tuvo su paralelo, un ejemplo y una advertencia... ¡*Nunca más!* Pero, por la otra, hoy invocamos ese mismo mal (*único*) en muchos casos distintos que están lejos de ser únicos. Estos últimos años tanto hombres políticos como historiadores y periodistas utilizaron la palabra *mal* para designar crímenes masivos y genocidios perpetrados en todo el mundo: de Camboya a Rwanda y de Chechenia a Sudán. A menudo se evoca al propio Hitler para designar la naturaleza y las intenciones de dictadores modernos que competen al *mal*...

Y lo que es más, si Hitler, Auschwitz y el genocidio judío encarnan un mal único, ¿por qué se nos advierte constantemente contra el hecho de que esos crímenes podrían repetirse en cualquier lugar, o que están a punto de repetirse?

— *El cuarto problema* señala el peligro de invertir toda nuestra energía emocional y moral en un único problema.

La cuestión no es saber si el terrorismo existe: por supuesto, existe. Ya no se trata de saber si hay que combatir el terrorismo y a los terroristas: por supuesto, hay que combatirlos. La cuestión es saber qué otros males vamos a descuidar, o crear, al concentrarnos exclusivamente en un solo enemigo y usarlo para justificar los cientos de crímenes menores que cometemos nosotros mismos...

El antisemitismo, así como el terrorismo, no es el único mal mundial y no tiene que servir de excusa para ignorar tantos otros crímenes y sufrimiento. Abstractar el *terrorismo* o el antisemitismo de su contexto... crea un riesgo: ignorar los otros muchos desafíos de nuestra época.

— *El último punto preocupante es la relación entre la memoria del Holocausto europeo y el Estado de Israel.*

Desde su nacimiento en 1948, el Estado de Israel mantiene complejas relaciones con la Shoah. Por un lado, el casi exterminio de los judíos de Europa justificaba el sionismo. Los judíos no podían sobrevivir ni prosperar en territorios no judíos, su integración y asimilación en otras naciones y culturas europeas eran una trágica ilusión, de donde surgía la necesidad de un Estado propio. Por otro, la idea difundida entre los israelíes de que los judíos europeos habían contribuido a su propia pérdida, que como se dijo fueron *como corderos al matadero*, significaba que la identidad primaria de Israel consistía en rechazar el pasado judío y ver en la catástrofe que había golpeado a los judíos la prueba de una debilidad: debilidad que el destino de Israel tenía que superar, engendrando un nuevo tipo de judío.

Pero estos últimos años la relación entre Israel y el Holocausto cambió. En la actualidad, cuando los malos tratos a los palestinos y la ocupación de los territorios en 1967 reciben críticas internacionales, sus defensores prefieren anteponer la memoria de la Shoah... Entiendo las emociones que motivan tales afirmaciones. Pero son extremadamente peligrosas en sí mismas. Cuando alguien nos reprocha... que critiquemos a Israel con demasiada violencia temiendo que hagamos revivir el fantasma de los prejuicios raciales, les respondo que invirtieron por completo el problema. Es precisamente ese tabú el que corre el riesgo de atizar el antisemitismo... Pero en los últimos tiempos me asombra la recurrencia de nuevas preguntas: *¿por qué en algunos países se prohíbe negar la existencia de la Shoah, pero no la de otros genocidios? ¿No se exagera la amenaza de antisemitismo?, y cada vez más: ¿el genocidio nazi no le sirve de excusa a Israel?* Son preguntas que no recuerdo haber escuchado en el pasado...

Hagamos la siguiente pregunta: ¿nos sentiríamos hoy en día seguros, aceptados, bienvenidos si fuéramos musulmanes o *inmigrantes ilegales* en Estados Unidos? ¿Cómo *paqui* (paquistaníes) en el Reino Unido? ¿Marroquíes en los Países Bajos? ¿Árabes en Francia? ¿Negros en Suiza? ¿Extranjeros en Dinamarca? ¿Rumanos en Italia? ¿Rom (gitanos) en cualquier lugar de Europa? ¿No nos sentiríamos más seguros, más integrados, más aceptados si fuéramos judíos? Pienso que todos conocemos la respuesta a esta pregunta...

La amenaza que tendrá que preocupar a los judíos —y a cada uno de nosotros— viene de otra dirección. Hemos anclado tanto la memoria del genocidio en la defensa de un único país, Israel, que corremos el riesgo de provincializar su significado moral. El problema del mal, del mal totalitario o del mal del genocidio, es un problema universal. Pero si se manipula en provecho de un país, lo que va a suceder (lo que ya sucedió) es que aquellos que guardan una cierta distancia de la memoria del crimen perpetrado en Europa... no entenderán en qué esta memoria les concierne y dejarán de escucharnos cuando intentemos explicárselos...

En el ser humano existe la banalidad tristemente célebre de la cual hablaba Hannah Arendt, el mal perturbador, normal, cercano, cotidiano. Pero existe otra banalidad: la del uso abusivo, el efecto que desinteresa, desensibiliza a fuerza de ver, decir o pensar lo mismo demasiadas veces, que embota nuestro público y lo inmuniza contra el mal que evocamos. Hoy estamos confrontados a esta banalidad o a esta *banalización*.

Conclusión. La invisibilidad de las víctimas

La incomprendibilidad del Holocausto tiene relación con su singularidad. Los genocidios que hemos conocido antes no son comparables con éste, porque «en la mente de los nazis, fue un proyecto de olvido». Nada debía quedar. Sus cuerpos habrían de ser quemados, los huesos triturados y las cenizas aventadas en las corrientes de los ríos o transformadas en abonos de los campos. Nos dice Reyes Mate que «ningún rastro físico del crimen para que la humanidad no pudiera recordar: se buscaba el exterminio físico de

un pueblo y también el exterminio moral, es decir, borrar de la conciencia de la humanidad la aportación del pueblo judío a la cultura del mundo» (en *El perdón, virtud política*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2008, pp. 19-20). Ciertamente éstos son hechos de difícil comprensión, pero sí podemos conocerlos. Hubo personas perspicaces, *avisadores del fuego* que supieron leer el contenido de la catástrofe que se avecinaba. Ahora bien, lo ocurrido fue «impensado e impensable y cuando lo impensable ocurre se convierte en lo que da qué pensar». Precisamente «un laboratorio del mal y su importancia consiste en que ahí podemos descubrir aspectos del mal que actúan en otras muchas circunstancias pero disimuladamente. Auschwitz no rebaja la importancia de otros genocidios. Al contrario, pone de manifiesto toda su gravedad porque saca a la luz algo que siempre ha estado ahí y nunca le habíamos dado importancia: *las víctimas*. En Auschwitz las víctimas se hacen visibles y se convierten en piedra angular de la justicia humana y, por consiguiente, de una concepción moral de la política. Entonces, ¿qué significa ser víctima? Lo primero señalar que se han hecho visibles, pero al mismo tiempo introducen una cierta confusión, cuando las catalogamos según el tipo político o la ideología de la que forman parte. Lo primero que necesitamos indicar con toda claridad es que hay víctimas y verdugos. Primo Levi nos habla de la *zona gris*. Estos eran aquellos judíos encargados de preparar a los suyos para «conducirlos a las cámaras de gas, extraerles luego los dientes de oro, quemar sus cuerpos y tirar las cenizas». La conclusión de Levi es contundente:

[...] no sé ni me interesa si en mis profundidades anida un asesino, pero sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos y no sólo en Alemania... y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral.

¿Por qué una enfermedad moral? «Porque el sufrimiento de la víctima es injusto mientras que el del verdugo no lo es. La víctima es inocente, por eso el daño que sufre es una injusticia. Confundir esos dos tipos de sufrimiento atenta a la esencia misma de la moral»... El sistema de Auschwitz tenía como objetivo fundamental la deshumanización de la víctima. Por lo cual hacer justicia a las víctimas requiere tener en cuenta los tipos de injusticia que han padecido. El sistema nazi no sólo mataba, sino que antes expulsaba a las víctimas *de la condición humana*, la degradaban. El hecho claramente objetivo es que la víctima padece violencia siendo inocente. Pero hay que tener en cuenta lo que con absoluta transparencia nos narra Primo Levi:

[...] es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal, como era el nacionalsocialismo, convierta en santos a sus víctimas; por el contrario, las degrada, las asimila a él, tanto más cuanto más vulnerable sean ellas, vacías, privadas de un esqueleto moral o político... Los salvados de Auschwitz no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de un mensaje; cuanto yo había visto y vivido me demostraba precisamente lo contrario. Preferentemente sobrevivían los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de la zona gris, los espías. No era una regla segura... Pero era una regla. Yo me sentía inocente, pero enrolado entre los salvados, y por lo mismo en busca permanente de una justificación, ante mí y ante los demás. Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos [*ibídem*, p. 25].

En consecuencia, existe una precisa relación *entre justicia y memoria*. Por lo cual Primo Levi nos habla también de *suerte ética* y Jorge Semprún afirma con toda evidencia: «sobrevivir no era una cuestión de mérito, era una cuestión de suerte. O de mala suerte». Para sobrevivir moralmente también hacía falta suerte. Concluye Primo Levi:

[...] muchísimos han sido los caminos imaginados y seguidos por nosotros para no morir: tantos como son los caracteres humanos». Pero, en verdad, ¿qué significa exactamente eso de la suerte moral? «La actitud ética a la altura del campo consiste en hacerse cargo de la inhumanidad del otro. En esa responsabilidad humanitaria nos constituimos en sujetos morales... Quien vive la ignominia queda tocado en su humanidad, de ahí la inhumanidad en la que se encuentra [*ibidem*, p. 29].

En resumen,

[...] o vemos el mundo con los ojos del testigo o con los del verdugo. La tela de araña que ensombrece la mirada penetrante de Primo Levi es un aviso del olvido que amenaza incluso a nuestra forma de recordar [*ibidem* p. 31].

¿Quién, entre nosotros, recuerda cotidianamente en toda su tragedia a los diferentes tipos de personas desplazadas?

Los valores éticos y estéticos de la socioconstrucción del sistema nazi, constituye la esencia nuclear de la modernidad.

DÓNOAN

Próximo número de la *REVISTA ANTHROPOS*

N.º 223 / 2009

REINHART KOSELLECK